

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro Las Rúbricas de la Misa Explicada

Los Católicos Romanos de habla inglesa han estado celebrando la Misa con una traducción revisada del Misal Romano desde el Adviento del 2011. Durante este tiempo de transición, nos ha dado la oportunidad de profundizar nuestras relaciones con el Señor y entre nosotros mismos. A continuación, encontrarán una explicación de las partes de la Misa para ayudarlos en conocer más acerca de la Misa y los cambios que se han producido con la implementación de la tercera edición del Misal Romano. Esta explicación fue escrita por el Padre Víctor De Gagné. (*Traducción: Blanca Fradera*)

Preparación para la Misa

-La Asamblea de la Comunidad

La celebración de la Misa comienza con la asamblea de la comunidad parroquial. Desde todas partes, Católicos de todos los ámbitos de la vida, de diversos orígenes y vocaciones se unen con un solo propósito. Lo más importante es que venimos de algún lugar: de las diversas actividades de la semana, de aquellos que han puesto su fe en acción, así como también de aquellos que tristemente se han apartado de Cristo. Por lo tanto, llegamos como somos: ricos y pobres, felices y tristes, hombres y mujeres, cansados y enérgicos y estos forman el pueblo santo de Dios donde Cristo se hace presente: *“Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18:20). Nuestra adoración hacia Dios comienza primero en nuestra preparación en casa (ayudando una hora antes de la Misa) y en nuestra reunión como comunidad en nuestra iglesia parroquial para reconocer los eventos de la semana pasada y para recibir fortaleza para la semana venidera. Antes de que comience la Misa, mientras estamos en la iglesia debemos prepararnos en oración silenciosa, repasando las lecturas antes de la Misa.

Parte I: Ritos Iniciales

La Misa consiste en cuatro partes: Los Ritos Iniciales, la Liturgia de la Palabra, La Liturgia de la Eucaristía y los Ritos de Cierre. Los Ritos Iniciales consisten en todo desde el Himno de Entrada hasta la conclusión de la Colecta.

A través del canto, reflexión y oración, estos ritos sirven para iniciar la Misa y para preparar nuestros corazones y almas en escuchar atentamente la Palabra de Dios y después deleitarnos en la mesa de la Eucaristía. Es semejante a lo que les sucedió a los discípulos en el camino a Emaús, en la apertura de las Santas Escrituras y en la partición del pan, sus ojos se abrieron y reconocieron a Cristo entre ellos.

-El Himno de Entrada

Los himnos y cantos siempre han sido parte de la alabanza Cristiana. Según los Evangelios de Mateo y Marcos, la Última Cena concluyó con un himno. Tan pronto como el Siglo VI, la Misa Dominical siempre ha iniciado y concluido con himnos de alabanza a Dios. El cantar levanta nuestros corazones, mentes y voces en oración. San Agustín una vez comentó: *“Los que cantan, oran dos veces”*. Con la nueva edición del Misal Romano, cada oración de la Misa ha sido puesta a música.

-La Procesión de Entrada

El significado de la Procesión de Entrada proviene de la imagen de Cristo el Buen Pastor. Lo que distingue a un buen pastor de los demás es su lugar en medio del rebaño. Siempre se encuentra un buen pastor al final del rebaño, ya que desde allí puede vigilar el peligro y desde allí puede reconocer y atender las necesidades de sus ovejas y cuando sea necesario, cargarlas en sus hombros cuando se cansen. Es por esta razón que el sacerdote que por su ordenación se encuentra en el lugar de Cristo, el Buen Pastor, es el último en la procesión. Es un recordatorio del papel del sacerdote en la comunidad, para liderar, servir, cuidar y proteger al pueblo de Dios y al mismo tiempo un recordatorio a las personas de que nunca caminan solos a través de las pruebas y alegrías de la vida. En la Procesión de Entrada, se incluye el libro de los Evangelios, el cual es la vida de Jesús a la que estamos todos llamados a seguir y vivir. Los monaguillos cargan el incienso (si es usado), la cruz procesional y las velas llevando la procesión hacia el altar. Si el diácono está presente, él sigue cargando el Libro de los Evangelios y siguiéndole es el sacerdote.

-La Veneración del Altar

Una serie de gestos muestran respeto por el altar, que desde el Siglo IV ha sido el principal símbolo de Cristo en el edificio de la iglesia. Los ministros laicos hacen reverencia ante él, el sacerdote lo besa y también incienso sobre él. El besar el altar proviene de la época en que el Cristianismo todavía estaba prohibido en el Imperio Romano y la Misa se celebraba secretamente en las catacumbas de las tumbas de los mártires. Al besar la tumba, el sacerdote honró a quien dio su vida por la fe. Cuando el Cristianismo se convirtió en la religión del Imperio en el año 313 DC, el beso del altar continuó como un recordatorio del alto precio que se pagó para poder adorar a Dios en público sin miedo. También es por esta razón que la práctica de colocar reliquias de santos dentro del altar del sacrificio continua hoy en día.

-La Señal de la Cruz

Siguiendo la veneración del altar, el sacerdote se dirige hacia su silla y comienza la Misa con la Señal de la Cruz. La Señal de la Cruz es el primer gesto que hacemos como Católicos para comenzar y finalizar nuestra oración, ya que nos recuerda a los dos hechos más importantes de nuestra fe: el Dios que adoramos es una trinidad de personas: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y por el poder de la Cruz hemos sido redimidos. La Señal de la Cruz es una oración en sí misma y una bendición, invocando a Dios que nos creó, nos redimió y nos santificó para estar siempre con nosotros.

-El Saludo

Siguiendo la Señal de la Cruz, el sacerdote saluda al pueblo en el nombre de Cristo. Todos los saludos son inspirados por las Santas Escrituras: ya sea el Antiguo Testamento (vea Jueces 6:12, Rut 2.4 y 2 Crónicas 15:2) o de la introducción de las cartas de Pablo (vea 1 Corintios 1:3, 2 Corintios 13:14, Romanos 1:7, Gálatas 1:3, Efesios 1:2, Filipenses 1:2). La respuesta de la gente al saludo también se toma de las Santas Escrituras. El uso de la palabra “espíritu” en la respuesta de la gente conecta el saludo con sus raíces bíblicas, su uso histórico y la naturaleza religiosa de los eventos que están a punto de tener lugar. La palabra “espíritu” no se refiere al alma del sacerdote, sino al Espíritu que recibió por medio de la ordenación. El saludo significa que la Iglesia en su plenitud se reúne para la adoración y que Cristo está presente entre nosotros.

-El Acto Penitencial

Durante los primeros mil años hay poca evidencia de un acto penitencial durante la Misa. Fue solo en el año 1570 DC que este acto de arrepentimiento tal como lo conocemos hoy se incluyó en la Misa. El Acto Penitencial es basado en la Primera Carta de Juan (1:9): “*Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia.*” El Acto Penitencial comienza con una introducción por el sacerdote invitando a toda la comunidad a reconocer sus pecados ante el Señor, lo cual hacemos en silencio. Este momento de silencio pretende ser un examen semanal de nuestras vidas. Háganse esta pregunta: “¿Cuál fue la mayor cosa que me ha tenido alejado(a) de Dios esta semana?” Entonces todos los presentes se unen en una confesión general de pecado, que usualmente es la oración del Confiteor (“*Yo confieso ante Dios todopoderoso...*”). Las palabras del Confiteor han cambiado repetidamente desde el año 1570 DC, sin embargo, su propósito siempre ha recordado lo mismo: reconocer nuestros pecados y pedir perdón al Señor.

-El Kyrie

Los orígenes del Kyrie (*Señor, ten piedad*) no están claros, sin embargo, estaba establecido firmemente como un himno desde la época en que Gregorio el Grande era Papa (años 590 – 604 DC). A menudo se usaba como conclusión de los Salmos y para las procesiones. Cuando el Latín se convirtió en el idioma oficial de la Iglesia, el Kyrie fue la única oración que se retuvo en su original Griego y no se tradujo al Latín. El Kyrie nunca tuvo la intención de ser de naturaleza penitencial y no está conectado con el arrepentimiento. Después de arrepentirnos de nuestros pecados y pedir perdón en el Acto Penitencial, nos unimos cantando o diciendo el antiguo himno celebrando la misericordia y bondad de Dios que él ha derramado sobre nosotros.

-El Gloria

El primer uso registrado del Gloria se remonta al Siglo III como un himno para la oración matutina. En el Siglo VIII, el Gloria se cantaba en las Misas presididas por el obispo y durante las temporadas de Navidad y Pascua. El Gloria probablemente se originó como un himno Navideño ya que su primera línea es el anuncio de los ángeles del nacimiento del Salvador a los pastores (véase Lucas 2:14). El Gloria es un himno de alegría y celebración y por lo tanto solo se canta en Misas durante las temporadas de Navidad, Pascua y en el Tiempo Ordinario. Es omitida durante las temporadas de Adviento y Cuaresma. Por este himno los fieles reunidos en el Espíritu Santo alaban a Dios.

-La Colecta

La invitación de “*Oremos*” del sacerdote, lleva a todos a un momento de silencio durante el cual ellos ofrecen sus oraciones que traen consigo a Misa. ¿Qué está en sus corazones cuando vienen a Misa hoy? ¿En qué áreas de sus vidas pueden usar la gracia o fortaleza de Dios? ¿Hay alguien quienes ustedes desean en orar por ellos? Durante este momento el sacerdote silenciosamente puede recordarse de la intención de la Misa. Entonces extendiendo sus manos el sacerdote reúne todas estas oraciones y se las ofrece a Dios con una oración formal. Este silencio y oración se llaman Colecta; porque el sacerdote “colecta” las oraciones de las personas y se las ofrece a Dios. Esto es simbolizado en la extensión de las manos del sacerdote hacia arriba. La Colecta concluye los Rito Iniciales.

La Liturgia de la Palabra es la primera parte importante de la Misa. La proclamación de la Sagrada Escritura siempre ha sido parte de la alabanza Cristiana. Proviene de la tradición Judía de la lectura del Torá en la sinagoga; así como también el relato de Lucas sobre el

viaje a Emaús, en el que dos discípulos conversan con Jesús, aunque ignoran que es él. En el camino, Jesús explica las Escrituras y después cuando parte el pan, lo reconocen por ser quien es. El Concilio Vaticano II amplió las lecturas de las Escrituras que escuchamos en la Misa. Antes del Concilio Vaticano II escuchamos menos de 1% del Antiguo Testamento y 17% del Nuevo Testamento. Ahora escuchamos 14% del Antiguo Testamento y 71% del Nuevo Testamento y los cuatro Evangelios completos en un ciclo de tres años. Este ciclo de tres años para las lecturas del Evangelio fue elegido para reflejar la duración del ministerio público de Jesús de tres años.

-La Primera Lectura

Las lecturas de las Sagradas Escrituras siempre son proclamadas desde el ambón. Durante las lecturas se invita a los congregantes a que tomen asiento y escuchen la Palabra siendo proclamada. Las Sagradas Escrituras fueron destinadas a la devoción privada, sino principalmente para proclamación pública. Dios le habla a su pueblo en la proclamación de la Palabra, no en la lectura en silencio junto con el lector. La Primera Lectura siempre proviene del Antiguo Testamento excepto durante la temporada de Pascua, cuando se toma de los Hechos de los Apóstoles. La selección de la Primera Lectura se elige en relación con el Evangelio; por lo tanto, estas dos lecturas siempre comparten el mismo tema. En el silencio que sigue a la lectura, háganse a sí mismos la siguiente pregunta: “¿Qué frase o imagen me llamó la atención de la lectura, y qué me dice Dios a través de ella?”

-El Salmo Responsorial

El Salmo se llama “responsorial” debido a su estructura; está diseñado para ser cantado en alternancia entre el salmista y la congregación. El Salmo se elige en función de uno de los temas de la Primera o Segunda Lectura o del Evangelio. Está diseñado a permitir que la gente medite en la Palabra de Dios y el tema para ese día. Dado que los Salmos son parte de la Sagrada Escritura, siempre es cantado desde el ambón: el lugar reservado para la proclamación de las Sagradas Escrituras. El Concilio Vaticano II restauró el uso del término “salmista” para el título de la persona que cante el Salmo. Este título fue utilizado en la antigua Iglesia, pero cayó en desuso durante el Siglo XIX a favor del título “cantor”.

-La Segunda Lectura

La segunda lectura de la Sagrada Escritura siempre es tomada de una de las cartas contenidas en el Nuevo Testamento. Es una proclamación secuencial de la carta y por lo tanto, no sigue el tema de la primera lectura o el Evangelio. La importancia de la segunda lectura radica en el hecho de que muchas veces describe los desafíos que enfrentaron los primeros Cristianos y muestra el desarrollo de la práctica de la doctrina y la comunidad Cristiana. Nos da una guía para una vida correcta ya que muchos de los desafíos en aquellos tiempos son los desafíos que aun enfrentamos hoy en día. En el silencio que sigue a la lectura, pregúntense: “¿Qué imagen o frase me quedó grabada en la lectura y qué me dice Dios a través de ella?”.

-La Aclamación antes de la lectura del Evangelio

Esta aclamación anuncia la venida del Evangelio y acompaña la procesión hacia el ambón. En todas las temporadas litúrgicas, excepto en la Cuaresma, se canta el “Aleluya”, que significa “Alabado sea Dios” en Hebreo. Los orígenes de la Aclamación se encuentran en la alabanza Judía antes de la proclamación de las lecturas bíblicas del Torá. Dado que los primeros Cristianos eran Judíos, ellos llevaron esta práctica al culto cristiano. Dado que es una aclamación de gran alegría, se omite durante la Cuaresma, ya que está fuera de carácter con la naturaleza penitencial de la temporada de Cuaresma. Existe para recordar la

importancia del Evangelio en el que Cristo mismo habla a su pueblo. La Aclamación antes de la lectura del Evangelio siempre se canta; si no se puede cantar, se omite.

-El Evangelio

Varias señales de respeto se dan al Evangelio para indicar cuán importante es dentro de la Iglesia. Desde los tiempos de los Apóstoles, hemos creído que cuando se proclama el Evangelio, es Cristo mismo el que habla a su pueblo. Por esta razón, sólo un ministro ordenado proclama el Evangelio. Esta designación se remonta al Siglo III, cuando Cipriano ordenó a Aureliano como diácono para este propósito específico. Antes de aclamar el Evangelio, el diácono pide la bendición del sacerdote de que el Señor esté “en su corazón y en sus labios” para que, con su proclamación, el pueblo se enamore de las Sagradas Escrituras y se maraville de la obra de Jesús que nos salva de nuestros pecados.

Inmediatamente antes de la proclamación del Evangelio, todos hacen la señal de la cruz tres veces sobre sus cuerpos, una vez en la frente, una en los labios y una sobre el corazón. Estas señales son tres para la Trinidad: un Dios revelado en tres personas. Las áreas del cuerpo que nos bendecimos con la cruz también son significativas: la frente, para que siempre podamos reflexionar y meditar sobre el Evangelio; los labios, para que siempre podamos proclamar la Palabra de Dios en nuestras palabras; el corazón, para que el Evangelio pueda habitar allí por la fe. La proclamación del Evangelio tiene un lugar preeminente entre todas las lecturas de las Santas Escrituras. Mientras que todas las lecturas forman parte de la Palabra de Dios, Dios le habla directa y claramente a su pueblo a través de las palabras y acciones de Jesús en el Evangelio. Es por esta razón que estamos de pie durante el Evangelio, por respeto y veneración a Cristo que se hace presente en medio de nosotros. La respuesta “Gloria a ti, Señor Jesús” al concluir la proclamación del Evangelio afirma nuestra creencia en la presencia de Cristo en el Evangelio.

-La Homilía

La homilía está basada en las Sagradas Escrituras del día o de los textos litúrgicos usados para la Misa para animar y desafiar a que las personas vivan una vida Cristiana. La homilía tiene su origen en la historia de Jesús con los discípulos de Emaús, donde les explicó las Sagradas Escrituras antes de partir el pan con ellos. Muchos de los Padres de la Iglesia son recordados por sus homilías y por la forma en que unieron la práctica de la Fe en la vida cotidiana de los Cristianos. Las homilías varían en calidad de predicador a predicador y de Domingo a Domingo; sin embargo, el propósito nos recuerda lo mismo: aplicar las Sagradas Escrituras a la práctica diaria de nuestra fe. Una homilía es obligatoria para los Domingos y los Días de Obligación, pero opcional para las Misas de Lunes a Viernes.

-El Silencio

Después del Evangelio, hay un momento prolongado de reflexión silenciosa sobre las lecturas y el evangelio. Este momento de silencio, aunque siempre era parte de la Misa, generalmente fue omitida. Ahora con los cambios recientes de la Misa, a la Iglesia se le ha recordado la importancia de este momento de silencio. A través del canto, la proclamación y la oración, alabamos y glorificamos a Dios. En silencio, Dios nos habla. ¿Qué imagen o frase de las lecturas o de la homilía te impresionó? ¿Qué indicación te da en la vida? ¿Te ayuda en tomar una decisión?

-La Profesión de Fe

O El Credo, aparece en dos formas en la nueva edición del Misal Romano; El Credo de Nicea y el Credo de los Apóstoles y se recita en cada Misa Dominical. El Credo de los Apóstoles normalmente se recita durante la Cuaresma y la Pascua, ya que es el credo utilizado en el

Bautismo que generalmente se celebra durante la Pascua. El Credo de Nicea se usa generalmente durante el resto del año. El Credo ha sido recitado durante la Misa desde del año 589 DC. A través de él, semana tras semana, generación tras generación, la fe de la Iglesia se transmite y une a los Católicos en la única fe que todos compartimos.

-El Credo de Nicea – “Consustancial”

En el Credo de Nicea ahora decimos que Jesús es “consustancial” en lugar de “uno” con el Padre. Es la traducción literal de la palabra Griega *homoousios* (o en Latín *consustantialis*) que se usa en el Credo. Consustancial significa “tener la misma sustancia” y solo lo usa la Iglesia para describir la relación de Jesús con el Padre. La cuestión de cómo Jesús se relaciona con el Padre tiene gran importancia. Las herejías han dividido a los Cristianos sobre este tema y el Concilio de Nicea en el año 325 AD acuñó esta palabra para articular con precisión la naturaleza de esta relación. Con esto, la Iglesia expresa que la divinidad de Jesús es la misma divinidad del Padre. “Consustancial” es una palabra importante; fue peleada por teólogos y obispos durante siglos mientras buscaban la mejor palabra para aclarar esta gran verdad acerca de Jesús. Merece nuestro respeto y atención.

-El Credo de los Apóstoles – “descendió a los infiernos”

La frase que Jesús “descendió a los infiernos” en el Credo de los Apóstoles ha causado mucha preocupación para algunas personas. El “infierno” en la cultura popular es el lugar de los demonios y la condenación eterna para todos los que rechazan a Dios. Sin embargo, en la Biblia se refiere al lugar donde las almas de todos los muertos fueron antes de la Resurrección de Jesús. En la Biblia, el nombre Hebreo para este lugar es *Seól* y en Griego se llama *Hades*, que en Inglés se traduce literalmente como *Infierno*. Esta frase en el credo describe la obra que Cristo estaba haciendo mientras su cuerpo yacía en la tumba. Antes de la Resurrección, nadie podía ir al cielo debido al pecado original. Para salvar a los que murieron antes de él, Jesús, aunque sin pecado, tomó el pecado y experimentó voluntariamente sus efectos, que es la muerte. Por lo tanto, fue al lugar de los muertos (o al *Seól* o *Hades* o *Infierno*) para recuperar las almas de todos los justos para llevarlos al cielo. Al morir, Jesús trajo la salvación a todos los que murieron antes de la Resurrección y levantándose de los muertos, ascendieron al cielo con él. Existen numerosas referencias bíblicas sobre este misterio de la Fe: las principales son el Salmo 68; Hechos 2:31; Romanos 10:7; Efesios 4:8-10; 1 Pedro 3:18-19; Hebreos 2:14-15; Mateo 12:40 y Apocalipsis 1:17-18, entre muchos otros.

-La Oración Universal

Hemos llegado a conocer esta parte de la Misa como las Oraciones de los Fieles, ya que los bautizados ofrecen oraciones e intercesiones por la Iglesia, por la salvación del mundo, por todos los necesitados y por la comunidad local. Esta práctica de orar por grupos específicos se recomienda en la Primera Carta a Timoteo. La instrucción de la Misa revisada insiste que las peticiones sean ofrecidas por el diácono cuando esté presente. Esto recalca el ministerio del diácono, ya que es el principal responsable de la caridad en la comunidad y por lo tanto, el que estaría más atento a las necesidades locales.